

de éstos es, naturalmente, efímera; que, en fin de cuentas, ya nació condenada a caer envuelta en lo grotesco, con desdoro y befa, también populares, de ellos mismos y de sus secuaces.

II.—*Sincronismo evolutivo de la moral médica. La fácil agresión social contra el médico*

Al perfilar la situación moderna en que se desenvuelve el ejercicio de la Medicina en España, conviene tener en cuenta tanto lo que respecta al ambiente social como lo que atañe al propio médico, a fin de conocer lo que hay en nosotros de depurable y lo que es preciso aceptar, combatir o depurar en los demás para orientar nuestro ejercicio en un sentido perfectamente digno y beneficioso para la comunidad humana y para nosotros mismos.

Un examen de conjunto histórico nos advierte que la Medicina, en cuanto al significado sociológico de su ejercicio y a su estimación pública, ha seguido la evolución sincrónica de todas las profesiones liberales. Pues qué: ¿constituyen acaso los médicos un caso de evolución moral autónoma, fuera del planeta? Refiriéndonos a nuestros propios tiempos, poseemos suficientes elementos de juicio para poder apreciar una crisis ética evidente en todas las profesiones, sin que tratemos, claro es, de escudar la nuestra en tan pobre argumento. Veamos:

No hace muchos meses asistimos a una formidable encuesta periodística en la que se desataban las más terribles acusaciones contra los médicos. Ingenieros, abogados, escritores de cierto relieve y... hasta médicos oráculos de plazuela, juzgaban que cumplían un alto deber humanitario despotricando en los rotativos contra los médicos y su moral. ¡Qué de peregrinas cosas tuvimos que oír pacientemente! ¡Y qué de cintarazos de arrieros y ganapanes cayeron sobre las espaldas de los que salimos con la lanza en ristre a desfacer el entuerto! Proclamábase, con aires de soberbia autoridad, que los médicos no sabíamos nada de nada ni curábamos jamás a nadie. Todas nuestras teorías etiológicas y patogénicas reboaban errores. La terminología médica era una ingeniosa invención para justificar, ante los incautos, abusivos honorarios. —¿Qué saben ustedes, se clamaba, de la manera de actuar los medicamentos? La Anatomía y la Fisiología iban a ser barridas por aquellas lúcidas concepciones de las centrales telefónicas bulbares de los rascacielos medulares, de los teléfonos automáticos, de la pituitaria. Los lectores bonachones de los diarios quedábanse boquiabiertos rumiando tan superrealistas descubrimientos. Y la admiración llegaba al colmo cuando la buena nueva iba predicada por algún médico de apellido sonoro en la galería. Conclusiones de la campaña: que la Medicina era una farsa y los médicos unos farsantes.

Pero en esos mismos diarios leíase también, simultáneamente, la frecuencia con que se hundían, aplastando a los obreros y a los transeúntes, las casas y los puentes en construcción. Y cómo cada jornada se destrozaban unos cuantos ciudadanos en catástrofes ferroviarias; y cómo se conducían a la celda algunos inocentes acusados falazmente o defendidos sin interés o con impericia. Sin embargo, ninguna de estas cosas consiguió que se generalizase un movimiento de franca protesta o de injusta agresión contra la ingeniería, la arquitectura o el foro. Y mucho menos contra los profesionales de estas disciplinas.